

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



Ossi Oswalda

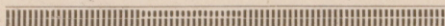
CUADERNO Nº 48

35 CTS

EL PRÓXIMO CUADERNO

Bartolomé Paggano (Maciste)

El poderoso atleta de la sonrisa
de niño y cuerpo de gigante : De
descargador del muelle a artista
cinematográfico : Sus proezas



EN PREPARACIÓN

PRISCILLA DEAN : JACK DEMPSEY : MARY
MILES MINTER : FRANCIS FORD (CONDE HUGO)

ESTRELLAS DEL LIENZO

Magnífica colección de postales de artistas cinematográficos

Serie A: FRANCESCA BERTINI, WALLACE REID, BILLIE BURKE,
TOM MOORE, RUTH CLIFORD. — Serie B.: EDDIE POLO, VIVIAN
MARTIN, THOMAS MEIGHAN, ELSIE FERGUSON, WILLIAM S. HART

Precio : 20 cénts. cada una y 90 cénts. la serie.

Los encargos de fuera Barcelona los serviremos, previo el envío de su importe por Giro postal o sellos de correo, mediante un aumento de 5 céntimos por cada remesa.
Certificados, 35 céntimos.

Depósitos para la venta : Bruch, 3, Barcelona ; Pretel de los Consejos, 3, Madrid,
y en todas las principales Papelerías y Librerías de España.

TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

OSSI OSWALDA

POR

SILVIO H. MONTAGUD

LA NOVELA DE OSSI
OSWALDA : : SUS AMO-
RES CON UN VIOLINISTA
POLACO : : LA MUERTE
TRAGICA DE ÉSTE : : :



Ossi Oswald, la bailarina ingravida, la de gracia alada triunfaba en París. En «Folies Bergere», primero, y en «Olimpia», después, había escuchado cariñosos aplausos expresivos de la admiración que por ella sentía el público parisino.

El éxito conseguido en el «Folies», uno de los más grandes music-halls del mundo, e indiscutiblemente el más moderno e interesante, frecuentado por gente de vida alegre, había sido sancionado por el público «bien» del «Olimpia», que a su ambiente familiar y aburguesado no saben ciertas libertades y ciertos géneros, que privan en el gran coliseo de la rue Bergere.

Su éxito era patente indiscutible, y en que su labor lo obtuviese habían coincidido dos públicos representativos si no de dos distintas clases sociales, por lo menos partidarios de dos géneros opuestos.

La estancia de Ossi en la Ville Lumiere, coincidió con la presentación al público parisiense del gran violinista polaco Paul Palowsky que venía precedido de gran fama. La Prensa había publicado grandes informaciones dando pormenores de su vida y detallando los conciertos dados en Varsovia, Moscou, Sant Petersburg, Viena, Berlín, Ginebra y Nueva York.

Decían que era un temperamento musical de primera fuerza; inspirado en la composición y de ejecución impecable; pertenecía a la dinastía de los Chopin, Paderewsky y Miccio Horzowsky, los tres músicos más grandes de Polonia, esa infortunada nación que durante varios siglos ha sufrido bajo la extranjera dominación, y que parecía exteriorizar sus lamentos de pueblo oprimido en las melodías escritas en papel pautado por sus compositores.

Palowsky no tenía un abolengo musical. Pertenecía a una familia de campesinos. Desde muy niño demostró gran afición a la música, lo que entristecía mucho a sus padres, no porque ellos no fuesen amantes del divino arte, si no porque comprendían que forzosamente habrían de contrariar la vocación de su hijo, por falta de medios materiales.

Paul y dos amigos más, tan decididos filarmónicos como él, se imponían toda suerte de sacrificios y privaciones, y no gastaban un sólo kopeck de la insignificante cantidad que le daban sus padres los días festivos. Cuando tuvieron ahorrados unos cuantos rublos, aprovechando la oportunidad de que un vecino de aquella aldea perdida en la estepa había de hacer un viaje a Varsovia, los tres muchachos le rogaron les comprase un violín y algunas *particellas*.

Cumplió el buen hombre el encargo que se le hiciera, y Palowsky y sus compañeros creyeron morir de alegría, al recibir de manos de su convecino, un desvencijado violín que probablemente adquirió de ocasión.

Para ellos ya no hubo descanso; las horas que les dejaban libres las duras labores de la tierra, las pasaban dedicándose al estudio del violín. Y era una conmovedora escena ver a los tres muchachos robar horas de ensueño para estudiar la mecánica del difícil instrumento, que utilizaban por ratos iguales.

* * *

Ponto corrió por la aldea la noticia, y la viuda de un general del ejército zarista, que tenía una gran posesión a media *versta* de distancia aproximadamente, se brindó a enseñarles solfeo. Pa-

lowsky destacóse en seguida de sus compañeros, y al poco tiempo y merced a la influencia de su bondadosa protectora entró a formar parte de la pequeña orquesta de un gan café de Varsovia.

Los progresos fueron, de día en día, haciéndose más evidentes, y no tardó en trabar conocimiento con potentadas familias de la capital, algunas de las cuales confiaron al joven concertista la educación musical de sus hijos, pagándole las lecciones con buenos rublos. Palowsky no se olvidó de sus padres ni de sus antiguos camaradas, y así como a aquellos les enviaba dinero frecuentemente para ayudarles en su precaria situación, a estos les envió dos violines nuevos para que pudiesen estudiar sin necesidad de relevarse.

La situación económica de Palowsky se hizo, a no tardar, lo bastante desahogada para poder alternar con la alta sociedad varsovia. Pronto fué solicitado por los grandes teatros, donde se le ofreció la plaza de concertista.

Después habiendo recibido algunas lecciones de eminentes violinistas, y haber hecho un detenido estudio de los clásicos, se dedicó de lleno a dar conciertos acompañado de piano, y de triunfo en triunfo recorrió las grandes capitales del antiguo y nuevo continente.

Le encontramos en París, mimado por el público de Lutecia. La empresa del «Concert Colonnè» le había contratado para que diera seis conciertos, y los tres celebrados hasta entonces habían constituido un éxito en toda línea.

Ossi Oswald había terminado su contrata con la empresa de «Olimpia», y antes de reemprender su viaje hacia Alemania, se propuso pasar una semana en París, tanto para descansar, cuanto para permanecer en esta capital cuyos hábitos y costumbres tanto se amoldaban a sus gustos.

Había oído hablar de Palowsky y encargó un proscenio para el cuarto concierto.

La gran sala estaba completamente llena; al aparecer Palowsky en el palco escénico, acompañado del pianista Retinski, el público prorrumpió en estruendosa salva de aplausos. El programa constaba de siete obras. En la primera parte interpretó «Serenade», «Danse Hongroise» y el «Zapateado», de Pablo Sarasate, el coloso navarro. La interpretación a estas brillantes páginas musicales le valió una ovación.

La futura «estrella» del film, con sus manitas de nardo y rosa, aplaudió calurosamente al concertista, a quien miraba con persistencia. A Palowsky no le pasó desapercibido el interés que por él demostraba la bella desconocida, a sus aplausos correspondió con una leve inclinación de cabeza.

Recomenzó el concierto con la «Ronde des lutins», de Paganini; el polaco, sabía que la gentil damita del proscenio no le perdía de vista, y él, sin darse cuenta de ello mirábale también.

Parecía que su presencia le infundía valor, o acaso tocaba mejor que nunca para agradar a ella. La segunda obra fué el «Mottu perpetuo», del mismo autor, a la que siguió la «Czarda número 4», de Michielis. Al final de cada interpretación se reproducían los aplausos.

Como broche a tan estupendo concierto, figuraba la «Czarda», de Monti, una de las más brillantes páginas musicales escritas para violín, y cuya ejecución requiere un completo dominio del instrumento, más una prodigiosa agilidad digital.

Y si admirable fué su ejecución en las notas graves y opacas de la primera parte, en el *allegro* que transcurre en una serie de escalas, matizó de modo insuperable, y el arco manejado por su mano de artista que siente lo que interpreta, arrancó a la caja sonoridades de un efecto sorprendente. Pero cuando el entusiasmo del público llegó a los lindes del delirio fué en el *allegro prestissimo* y en *Final*, que ejecutó magistramente haciendo alarde de ser uno de los más grandes violinistas del mundo.

Al terminar el concierto, Ossi y Paul se miraron; ambos estaban emocionadísimos; a buen seguro que los aplausos de aquélla sonaban tan agradablemente al oído de éste como las notas admirablemente arrancadas al violín del maestro habían sonado al oído de la danzarina; y, acaso puesto Palowsky en el dilema de haber de optar por la cantidad estipulada en el contrato o los aplausos de Ossi, sin duda alguna hubiese optado por éstos.

Un periodista muy mundano, muy chic y admirable crítico lírico, hizo la presentación. Se amaron como se aman los artistas en París, cuyo ambiente invita al amor, y vivieron horas de ventura inefable.

A poco vino la que, empezando por conflagración europea, volvióse guerra mundial, y Paul Palowsky tuvo que pelear en el ejército del zar de todas las Rúbias.

Al invadir el territorio alemán murió heroicamente en una empuñadísima batalla.

Ossi Oswald a que había estado algunos meses sin recibir noticias suyas, se enteró de su muerte por los partes oficiales, sufrió un rudo golpe, y sintió desvanecerse sus ilusiones al soplo de la fatalidad.

Rindamos nuestro tributo de admiración al héroe a quien la humana ambición llevó a la lucha fratricida—no se olvide que los polacos alemanes y austriacos lucharon contra sus hermanos los polacos rusos—como amantes del arte en todas sus manifestaciones y admiradores sinceros de los artistas, lamentemos la muerte malograda de Paul Palowsky, uno de los más grandes violinistas del mundo.





Ossi Oswalda

Caricatura de Fumn

Ossi Oswald, la maravillosa actriz alemana, admirada en Barcelona, aunque no tan conocida como por su elevada labor artística se merece, comenzó su carrera rindiendo culto a Terpsicore.

La casualidad la llevó al cine, y forzosamente hay que convenir en que hay casualidades que acusan la mano de la Providencia. Cierta que dedicándose a la danza, cuando se es una figura de «primísimo cartel» se puede hacer un nombre y consolidar una fama, pero es incontrovertible que ésta y aquél siempre serán menores si la artista es del género coreográfico o si pertenece a la escena muda.

El peritísimo cinematografista Herrn Lubitsch, con su ojo clínico, vió en seguida que de la artista que se prestaba a hacer su debut con un papel tan difícil como peligroso, sin duda alguna se podría sacar inmejorable partido. Y como el moderno Fidas que con sabios dedos moldea en barro el boceto de la que llevada al mármol ha de ser obra maestra del cincel, así Lubitsch, con su experiencia y sus altas dotes artísticas fué moldeando el espíritu de Ossi Oswald iniciándola en cuantas *asignaturas* han de cursarse para llegar a ser una de las más brillantes «estrellas» de la constelación cinematográfica.

Y se dió el particularísimo caso de que con rapidez increíble llegó a ser una de las primeras figuras de la casa U. F. A., filmando bajo la dirección de Ernst Lubitsch y junto con Pola Negri y Henny Porten varias películas para la Sociedad «Projektions Aktiengesellschaft» y la Sociedad «Messterfilm Gesellschaft».

Examinada detenidamente la actuación pantallística de Ossi Oswald, nos demuestra poseer un gran temperamento artístico. Su interpretación en los papeles de ingenua pueden bien compararse a los de la por muchos incomparable Mary Pickford.

Cierto que la «estrella» americana pone en su labor algo muy suyo, original, ingénito en ella; pero no lo es menos que nuestra biografiada nos sorprende constantemente con una nueva prueba de su talento y de sus altas dotes artísticas.

Ambas son «ingenuas» admirables, si bien en la labor de ésta observamos mayor comicidad. Y apresurémonos a decir que cuando asoma la risa a nuestros labios, en una escena de la que es protagonista, Ossi Oswald, se debe a su gracia sutil y aristocrática. No se nos extrae la risa forzosamente, como si nos hiciesen una

operación quirúrgica, sino que, por el contrario, fluye con naturalidad al mágico conjuro del delicado *humour* de que hace gala la gran estrella alemana.

Hay algo fuera de duda, y es que en sus roles de campesina raya en lo insuperable. Recuérdese su admirable interpretación en la película *Mi mujer artista de cine*. La acción transcurre en el Tirol, en los Alpes Réticos; el argumento está por completo exento de complicaciones.

* * *

Ossi representa el papel de una artista cinematográfica a cuyo cargo corre el desempeño del rol de protagonista. Se ha de filmar una película en las cumbres de unas montañas, y el director, para no efectuar gastos, dispone sean fabricadas unas montañas de cartón en miniatura. A causa de la poca consistencia de aquéllas, al correr el primer actor entre la *maleza* se hunden, dislocándose un pié.

La protagonista protesta ante el director de que su tacañería ha dado motivo a un desagradable accidente y amenaza con marcharse de la Compañía si no se va a filmar la película en unas montañas auténticas.

No le queda a aquél más remedio que ceder y entonces es cuando se dirigen al Tirol. Ossi actúa en la pantalla vestida de campesina; alrededor del campamento en donde se ha establecido la Compañía se pasea frecuentemente un rico hacendado tirolés que siente aversión profunda por las señoritas de ciudad y desea desposarse con una joven de pueblo, campesina preferentemente.

Al ver a Ossi cree haber realizado su ideal; la corteja, y pide su mano, creyendo en su condición de campesina. Sigue la farsa y pocos días antes de celebrarse el enlace, ella declara a su marido la verdad, y le dice que en nada le está obligado y es bien libre de romper las relaciones si así le place.

El, que ha tenido ocasión de comprobar las excelentes cualidades que posee su futura, la contesta con cálidas frases de amor, diciéndola que ahora más que nunca desea hacerla suya.

Como supondrá el avisado, termina todo ello con el inevitable matrimonio. La felicidad sonreirá al buen hacendado que queriendo unir su vida a la de una mujer pueblerina, se casa con una señorita de ciudad y artista cinematográfica por añadidura.

Repetimos que el argumento está totalmente exento de complicaciones; su trama no puede ser más sencilla; sin embargo,

ello no obsta para que sea un entretendido de escenas interesantes que cautivan la atención del espectador desde el primer momento.

Y quien lo consigue es indiscutiblemente la labor personalísima de Ossi Oswalda.

* * *

Por lo que se refiere a otras tres grandes películas que ha interpretado, *La mamá de los perritos*, *La princesa de las ostras*, y *La muñeca*, sobradamente saben nuestros lectores que la gentil Ossi rayó a gran altura, y que con su interpretación en tan originales roles mereció frases de elogio de la prensa cinematográfica mundial.

Ultimamente se ha fundado la sociedad «Ossi Oswalda Film Gesellschaft», de la que son principales accionistas la célebre «estrella» y su marido. La nueva casa, domiciliada en Berlín, posee unos grandes estudios montados con los adelantos más modernos.

Filmará al año cuatro grandes películas de las que será principal intérprete femenino la gentil Ossi.

La primera se titulará *La muchacha atrevida*, adaptación cinematográfica de Erich Friessen, por el doctor Ludwig Tell, corriendo la dirección artística a cargo de Victor Janson.

UNA INTERVIU CON

::: OSSI OSWALDA :::

Nada más interesante que la vida de un artista contada por el mismo. Así, pues, creemos que nuestros lectores se enterarán con gusto de lo que nuestra biografiada manifestó a un periodista extranjero que la interviuvó hace poco tiempo:

«En un francés duro, pero correcto, nos dice telefónicamente el conserje de aquel colosal hotel berlinés: — Mr. Ernst Lubitsch desea hablarle...

Rápidamente descendemos las amplias escaleras de mármol, y vemos en el hall, gigantesca como un estanque, el director de la

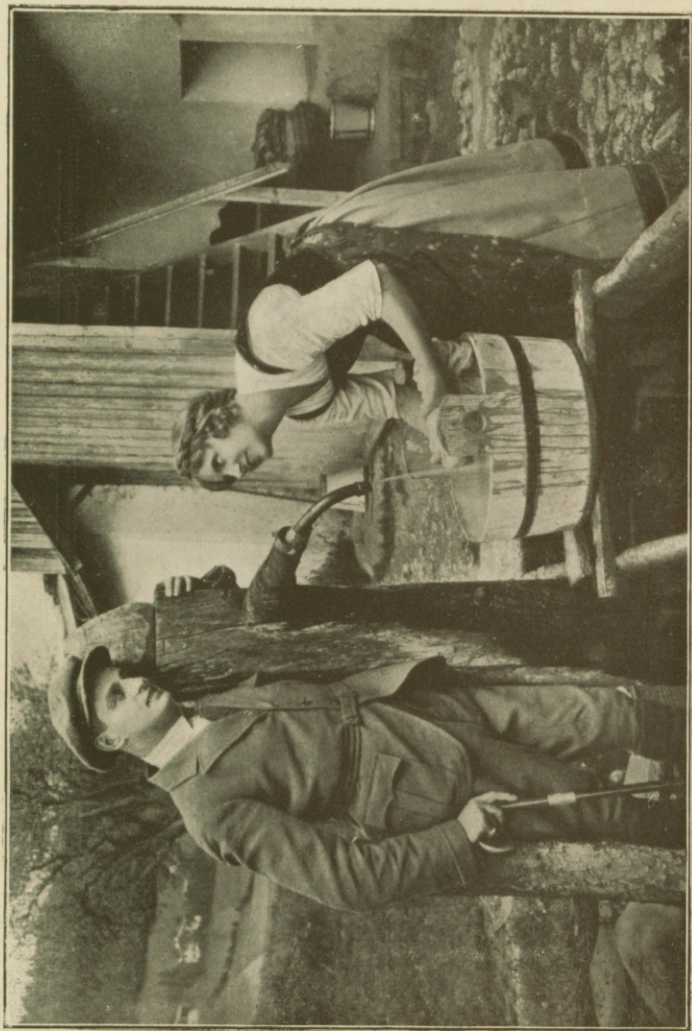


Ossi Oswalda en «Mi mujer, artista de cine»

Las grandes figuras de la Cinematografía



Retrato de OSSÍ OSWALDA



Ossi Oswalda en « Mi mujer, artista de cine »

Ufa, muy enfundado su recio cuerpo en un gabán de pieles valiosísimo.

— Le he llamado — me dice — para invitarle a dar un paseo en auto por la ciudad. Deseo que se marche a su país llevándose de nosotros un grato recuerdo.

Nos espera un lujoso auto y cambiadas unas frases de saludo con Mr. Lubitsch, partimos.

El ambiente es tibio, de una tibieza poco común en estos parajes. La nieve ha extendido sobre los edificios, sobre las calles y sobre los árboles como una tela blanca, de una blancura inmaculada. Y el vehículo, lentamente, muy lentamente, va recorriendo las hermosas avenidas, que parecen las cercanías de un enorme hormiguero humano; va dejando atrás los parques, en los que la mano de un hábil jardinero ha ido recortano caprichosamente las ramas de los árboles, despojándolos de su natural sencillez para darles un aspecto afectado y un poco futurista.

Siguiendo nuestro camino entramos en un paseo ancho y muy bien cuidado. De súbito nuestro acompañante, nos señala una gentil amazona que cabalga alegremente sobre un hermoso caballo negro de pelo brillante y lustroso.

Mr. Lubitsch, nos dice: — Es Ossi Oswald; todas las mañanas en las temporadas que se ve obligada por su trabajo a permanecer en Berlín, viene a pasear aquí. Y créame usted que en este momento está haciendo un esfuerzo para no lanzar su caballo a todo galope y arrojar el sombrero para que el aire juegue con sus cabellos. ¿Quiere usted que haga su presentación?

A tan galante pregunta contestamos afirmativamente añadiendo que con ello nos consideraremos muy honrados. Nuestro acompañante da una breve orden al «chauffeur». Instantes después nos hallamos junto a la bella actriz, marchando a su vera, y cambiando palabras en alta voz.

Seguimos el mismo camino unos minutos. En uno de los paseos laterales un café de una elegancia refinada y cosmopolita nos brinda un cómodo refugio. Entramos, dejando al cuidado del mecánico el corcel de Ossi y el automóvil.

Ossi Oswald es una mujer de aspecto sano y fuerte. Son sus cabellos de un rubio pálido y su cutis tiene tonalidades nacarinas.

Habla de un modo inquieto, expresivo y desordenado, moviendo mucho los músculos faciales, y sus manitas de muñeca accionan constantemente como subrayando la palabra.

Parece que en vez de hallarnos frente a una alemana nos encontrando charlando frívolamente con una francesita de Montmartre. Porque, además de estas características suyas que hemos puesto de relieve, Ossi habla e lfrancés correctamente, y en sus labios bailan constantemente el chiste y la frase pícarasca.

Por esta razón aquellos instantes que pasamos a su lado, en el retiro amable del café elegante, viendo pasar ante nosotros los

autos soberbios de los potentados de Berlín, fueron unos minutos inolvidables, saturados de un encanto íntimo y cordial.

La admirable «estrella» nos habló de su vida, y nos habló de su arte. Sobre todo, de su arte. Y ahora lector, te brindamos las palabras de la gentil Ossi Oswalda.

—¿...?

— No porque lo considerase un arte inferior, de ningún modo; pero yo no pensaba jamás en ser artista de cine. Precisamente algunas compañeras mías habían trabajado varias veces en películas, y me hablaban con frecuencia de sus hazañas en la pantalla. Pero en verdad debo decirle que jamás sentí la curiosidad de conocer de cerca ese arte, al que hoy debo mi popularidad.

—¿...?

— Yo era bailarina, una bailarina de bastante renombre — y perdonen ustedes el autobombo — que recorrí durante varios años los principales escenarios de Alemania, algunos de Inglaterra, y muchos de Francia. No estaba descontenta de mi arte, pero tampoco demasiado satisfecha, pues vivía en un ambiente de oropel que no me satisfacía del todo. A mí me gusta extraordinariamente el campo, y haciendo aquella vida me pasaba años enteros sin verlo, como no fuese por las ventanillas del tren cuando iba de viaje.

—¿...?

— El que sea artista de cine es debido a una casualidad de la que debo felicitar-me. Como ya antes les dije a ustedes, yo tenía varias amiguitas que trabajaban en películas. Cierta día, una de ellas vino a verme para que la reemplazase en una escena difícil de la película que estaba impresionando. Consistía la escena en arrojarse al agua helada — era en el rigor del invierno — y bucear todo el tiempo posible, a fin de que sobre la superficie pudieran aparecer, en gran número, las burbujas que produce un cuerpo agitando-se en convulsiones en el fondo del agua. El momento era decisivo, y yo no pensaba en otra cosa que en bordar mi papel.

A pesar del frío intensísimo me despojé de mis ropas hasta quedar casi desnuda, y me arrojé al agua logrando, con mis movimientos, que las burbujas fuesen numerosas y los círculos que aparecían sobre el agua cada vez más grandes. El operador pudo fotografiar a su gusto y el señor Lubitsch, aquí presente, me hizo proposiciones para que me quedase en la casa Ufa...

—¿...?

— Sí, acepté, encantada, pues acababa de tener una revelación. Yo no había nacido para estrella de music hall, y no quería seguir viviendo como una planta de estufa, creciendo en un círculo vicioso, rodeada de una cohorte de admiradores demasiado molesta. Yo había encontrado mi verdadero camino en este de la pantalla, donde podía moverme, con independencia, donde podía disfrutar de la libertad, donde me era dado beber el oxígeno del campo en mis días de ocio...

* * *

Desde aquel día no me separé del maestro Lubitsch que, a pesar de que está presente, confieso que ha sido para mí un amigo sincero y un profesor que ha moldeado mi espíritu a su antojo. Así llegué desde aquel baño que me costó un catarro no muy ligero, a interpretar en la pantalla papeles importantes como son los de «La Princesa de las ostras», «La muñeca» y «La mamá de los perritos».

— ¿...?

— Poco puedo decirle de mi vida fuera del estudio. Si no tengo que trabajar, me gusta dar un paseo por las mañanas, dirigiéndome después a un salón de modas... ¡Por algo soy mujer!...

— ¿...?

— Los deportes son mi pasión favorita. Me gusta nadar, remar, hacer gimnasia, montar en bicicleta y guiar un auto de carreras. Pero el que predomina sobre todos es el de montar a caballo. No conozco placer más intenso que el de montar un buen caballo y lanzarme a galope tendido por el campo, lejos del ruido de las ciudades, allí donde no oigo más que los golpes secos de los cascos de mi animal sobre el camino. Entonces parece que me vuelvo loca de alegría, arrojo al aire mi sombrero, y me pongo a dar gritos inhumanos como si volviese a la edad primitiva. Estos paseos de vértigo dejan en mí un cansancio físico y espiritual tan grande, que muchas veces regreso de ellos con calentura y me veo obligada a guardar cama por unos días.

— ¿...?

— En efecto, tengo aficiones mucho más sencillas que contrastan con estas otras. Le diré a usted: en los días que tengo que trabajar, no puedo pensar en divertirme, porque, ya, varios días antes me veo obligada a preparar la ropa y todos los utensilios que me hacen falta para el desempeño de mi papel. Entonces, al terminar mi jornada de trabajo, me agrada mucho al llegar a casa, ponerme a hacer bordados o puntillas, a los que soy muy aficionada. Tanta afición tengo por estas labores, que con frecuencia me las llevo al estudio y en los intermedios de una a otra escena distraigo la nerviosidad natural ocupándome de este trabajo delicado y pueril.

— ¿...?

— Finalmente, debo decirle que siento un gran disgusto en desilusionar a los infinitos admiradores que me escriben diariamente pidiéndome, nada menos, que mi mano o mi corazón. Yo le ruego que por medio de su periódico, tenga la bondad de decirles a estos señores, que tanto me favorecen, que estoy casada, y que por ahora la idea del divorcio no ha pasado todavía por mi imaginación...».

OSSI OSWALDA, EN-
TUSIASTA DEPORTISTA

Si los artistas cinematográficos no se hubieran hecho ya mercedores a todas nuestras simpatías por su arte, se harían acreedores a ellas por su entusiasmo en cultivar los deportes.

En tanto que los actores y actrices de la escena hablada hacen, por lo general, una vida de café, las «estrellas» de la pantalla se dedican con incansable afición a los ejercicios físicos.

Y hacen tal, porque indudablemente tienen un metódico entrenamiento y sirve para que los músculos conserven su elasticidad, para que los miembros se conserven ágiles, las articulaciones funcionen perfectamente y, sobre todo, para que la obesidad no haga de ellos su presa. Es algo incontrovertible que la obesidad es signo de evidente decadencia; ello, aparte del lamentable efecto que desde el punto de vista estético, produce el ver a un artista con una exagerada curva abdominal.

Y por este su noble afán despiertan en concepto hasta más elevado del arte y de la estética, que sus congéneres.

Saben que la práctica de los deportes tiene una importancia capitalísima, ya que con ello no sólo se consigue distraer el espíritu de las cotidianas preocupaciones, sino algo más, de no menor importancia: conserva el cuerpo en forma estupenda.

Comprenden perfectamente que con la cultura física se logra que el cuerpo se desarrolle armónicamente, y que una vez que el organismo ha llegado a su plenitud, atrae sobre nosotros una gran dosis de simpatía.

Contrariamente, los actores teatrales no se preocupan de ello ni poco ni mucho. Contra toda razón y lógica se creen que para ejercer tan admirable postulado artístico basta con saber recitar, *maquillarse* más o menos bien, y vestir el personaje con mayor o menor lujo y propiedad. Juzgan, bien erróneamente por cierto, que para ser un primer actor — o actriz, — basta y sobra con te-



Ossi Oswalda en *Mi mujer artista de cine*

Caricatura de T. M. U

ner lo que en jerga teatral se llama *tablas*. En cambio no parece importarles un bledo su persona, y opinan que pueden interpretar cualquier papel; y por ello se da el caso lamentabilísimo que actores, verdaderas glorias de Talía, sean censurados en su actuación por una, desgraciadamente, muy ínfima minoría de público que no se entusiasma por latiguillo más o menos, y en cambio concede tanta importancia al físico del artista como a sus facultades declamatorias.

Todo primer actor estima que su calidad de tal le permite dar vida escénica a cualquier personaje; y ello les motiva acerbos censuras por parte del público inteligente, selecto... así Morano, en «El gran galeoto»; así Ricardo Calvo, en el fantástico y ripioso «Don Juan» de Zorrilla...

¿Concebís acaso a Mary Pickford, obesa, o a Eddie Polo, enclenque?...

Pero en fin, no extrememos nuestras censuras hacia los actores de la escena hablada, acaso su pasividad, su negligencia en este aspecto, sea debida a que poseen el inequívoco convencimiento de los estrechos límites en que se encierra su labor artística.

Porque, aún a trueque de que esta nuestra opinión no sea compartida, nos atrevemos a afirmar que comparado a la universalidad de la escena muda, el teatro, deviene algo muy provinciano...

Pero volvamos a nuestro tema del que nos hemos apartado un tanto, para cantar las excelencias de la cultura física, y rendir pleitesía a los artistas del film, de la que casi, sin excepción todos son devotos.

* * *

Ossi Oswalda es, sin duda alguna, una de las más aventajadas cultivadoras de la cultura física. No es de estas damitas que por único deporte practican el lawn-tennis, y aún en pareja, para fatigarse menos, sino que, por el contrario, emplea la mayor parte de las horas que le deja libres su profesión en practicar casi todos los deportes, incluso aquellos que determinan un ejercicio un tanto rudo, como el remo, la bicicleta, que erróneamente muchos suponen han de ser practicados tan sólo por el sexo feo.

Nuestra heroína nada con admirable estilo y sabe permanecer bajo el agua tanto rato como el más práctico nadador. Rema con un vigor impropio de sus níveos y femeninos brazos y sabe llevar el timón con la pericia del mejor timonel de «outrigger». Monta en bicicleta y sabe, guiando un automóvil de carreras, esos ciclopes de la moderna mecánica que se llaman «Benz» y «Mer-

cedes», marchar a las fantásticas velocidades de un Murphi, Goux, Wagner o Ralph de Palma...

Conoce la gimnasia, en sus diversos métodos y escuelas, si bien pefiere la sueca, inventada por el profesor Ling, ya que indudablemente es la que da más positivos resultados.

Pero hay dos deportes en cuya práctica sobresale Ossi Oswald, y tanto es así, que no vacilamos en afirmar que si en vez de practicarlos puramente por afición lo hiciese con el propósito de batir records, o con miras de profesionalismo, sin duda alguna obtendría los más satisfactorios resultados. Son el hipismo y en el sport de nieve.

En el primero se nos muestra un jockey que por su habilidad y sangre fría y conocimiento del *metier*, jamás ve considerado su caballo «outsider». Por lo que atañe al segundo, en sus diversas pruebas consigue unos tiempos muy difícil de mejorar.

En «ski», estos gigantescos patines de invención danesa, descienda veloz desde las altas cumbres sin tener que valerse, con demasiada frecuencia, de las pértigas que se llevan para evitar las caídas. Efectúa también saltos prodigiosos.

En las carreras con «luges» sabe de la voluptuosidad del deslizarse por empinadas pendientes y de la emoción que se experimenta con el brusco accionar del freno.

Ossi Oswald durante la temporada se dirige invariablemente, todos los años, a participar en las grande pruebas que se organizan en Alemania, Suiza y Dinamarca.

: : : : COLOFÓN : : : :

Hasta aquí lo más saliente de la vida de Ossi Oswald; ahora breves palabras para terminar.

Ossi es una mujer de belleza subyugadora. Sus grandes y bellor ojos azules tienen reflejos de las aguas del Rhin, sagrado río de las leyendas y las tradiciones; del viejo Rheno, siguiendo el curso del cual se ven en ambas riveras y entre una constante variación de panoramas a cual más bellos, a gran número de castillos góticos de un valor arqueológico incalculable.

Alta, bien proporcionada, su arrogante figura es de una corrección de líneas estupenda. Su cuerpo estatuario puede compararse con el de esta nereida moderna que se llama Anette Kellerman, físicamente tan parecida a dos de las esculturas más perfectas de todas las edades: Diana la Cazadora, y Venus de Milo.

Su blonda cabellera tiene el rubio dorado de los trigales castellanos en sazón: Sus manos son niveas, breves, acariciadoras...

Tal es esa mujer, un algo paradógica y un mucho extraña; amante de la rudeza de los ejercicios físicos, y de entregarse en la quietud del hogar a la sutil y alambicada labor del bordado...

En breves palabras hizo su retrato Mr. Ernst Lubitsch al despedirse del periodista que interviuvó a Ossi Oswald.

«Esta Ossi es la más extraordinaria de cuantas artistas conozco. Yo creo que está algo neurasténica... Pero trabaja tan bien, con tanto donaire, con tanto gusto que me creo poseer en el elenco de mi compañía a una de las más bellas e interesantes artistas del film...

SILVIO H. MONTAGUD



TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

ABONOS

Abono anual, España y Portugal: 18 ptas.-Extranjero: 25 ptas.

» semestral	»	»	9	»	»	12'50	»
» trimestral	»	»	4'50	»	»	6'25	»

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

NUESTRO BUZÓN

Manuel Blach. — Masnou. — Los cuadernos publicados cuestan 35 céntimos, más 5 céntimos del franqueo. Indique los que quiera y mande su importe en sellos de correo.

M. Gómez. — Madrid. — La dirección de René Cresté es: 186, Boulevard Carnot, Nice. En francés.

El Presidente de un grupo de lectores. — Barcelona. — Las diferentes direcciones que hemos dado de un mismo artista en poco tiempo, significa que a veces las damos del domicilio particular, y otras, de la manufactura donde trabajan, mas como estas se fusionan a menudo con otras más importantes, de ahí que siempre tengamos de estar ojo alerta respecto las mismas. Frank Mayo, 018, Franklin Ave, Los Angeles, California; o si quiere, Universal City, California, que es la manufactura. Comprende? De Robine no tenemos las señas por estar refirada de la pantalla. Ya ve que ha salido alguna de las biografías que le interesan. Tanto a los artistas americanos como a los europeos es mejor incluirles sellos internacionales para la contestación. Pero como la cosa va larga y la vela es corta, dejaremos para otro rato el resto de la contestación de su carta.

Mario. — Coimbra (Portugal). — Para todo lo que se refiera a nuestras publicaciones le atenderá perfectamente D. Tomás Trindade, de esa. Respecto la abertura del testamento de la malograda Susana Grandais, supongo se enterará de su resultado por medio de la prensa informativa cinematográfica. Tenemos en cartera las biografías que nos indica.

El Peliculero. — Madrid. — En cualquier cuaderno de «Tras la Pantalla» encontrará las direcciones que desea. Pero ¡por Dios! preguntar por la de Olive Thomas no hay derecho.

El Peliculero Misterioso. — Barcelona. — ¡Vaya con los peliculeros! Si señor, saldrá Taylor Holmes. Lo restante está envuelto en las densas e insondables tinieblas misteriosas del incongruente caos.

J. Costa C. — Melilla. — Efectivamente, Francis Ford (Conde Hugo) reparece en la pantalla. Pronto tendremos ocasión de admirarle en una de sus estupendas creaciones.



TRAS LA PANTALLA

Galería de Artistas Cinematográficos

SE VENDE EN TODA ESPAÑA, BALEARES, PORTUGAL, ÁFRICA
(POSESIONES ESPAÑOLAS) Y EN EL NORTE Y SUR DE AMÉRICA

Cuadernos publicados

De venta en esta Admón.: Bruch, 3 - Barcelona, y en
casa nuestros agentes exclusivos al precio de 35 cént.

N.º 1 Francesca Bertini, 3.ª edición. — N.º 2 Ch. Chaplin (Charlot), 3.ª edición.
— N.º 3 Douglas Fairbanks, 2.ª edición. — N.º 4 Mary Pickford, 2.ª edición. —
N.º 5 Charles Ray. — N.º 6 William Duncan, 2.ª edición. — N.º 7 Pearl White,
2.ª edición. — N.º 8 Gustavo Serena. — N.º 9 Pina Menichelli. — N.º 10 Max
Linder. — N.º 11 Margarita Clark. — N.º 12 Eddie Polo. — N.º 13 María Wal-
camp. — N.º 14 Wallace Reid. — N.º 15 René Cresté. — N.º 16 Hesperia. —
N.º 17 Roscoe Arbuckle (Fatty). — N.º 18 Mabel Normand. — N.º 19 William S.
Hart. — N.º 20 Juanita Hansen. — N.º 21 Sessue Hayakawa. — N.º 22 Dorothy
Dalton. — N.º 23 George Walsh. — N.º 24 Susana Grandais. — N.º 25 Tom Moore.
— N.º 26 Norma Talmadge. — N.º 27 Harry Houdini. — N.º 28 Paulina Frederick.
— N.º 29 Harold Lloyd. — N.º 30 William Farnum. — N.º 31 Madge Kennedy

La colección ricamente encuadernada de este primer volumen: 12'50 ptas.

N.º 32 Antonio Moreno
» 33 Huguette Duflos
» 34 Leon Mathot
» 35 Henny Porten
» 36 Tom Mix
» 37 Carol Holloway
» 38 Tullio Carminati
» 39 Geraldine Farrar

N.º 40 Frank Mayo
» 41 María Jacobini
» 42 Harry Carey
» 43 Ruth Roland
» 44 Monroe Salisbury
» 45 Grace Cunard
» 46 Jack Pickford
» 47 Alla Nazimova

QUEDAN MUY POCAS TAPAS ESPECIALES

para encuadernar el primer volumen de

TRAS LA PANTALLA

Precio: 1'50 ptas. : Tapas y encuadernación, 2'50 ptas.